



# VALLÈS

SEMANARIO DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.  
SEGUNDA ÉPOCA DE "ESTILO"

AÑO III

GRANOLLERS, 29 Noviembre 1942

NUM. 112



OSÉ ANTONIO

ha dicho:

El hombre tiene que ser libre, pero no existe libertad sino dentro de un orden.

EDITORIAL

## Sexto aniversario del Pacto Antikomintern

**H**OY se cumple el sexto aniversario de la firma del Pacto Antikomintern. La firma de España trazada con sangre de los españoles que catan día a día, ilusionados, en los campos de batalla, sigue tan reciamente estampada hoy, que también españoles de pro caen frente al Comunismo, con sus banderas alzadas y sus propósitos acerados, con gesto de espada.

Europa llevaba camino de perecer, de enterrar su alma, de ver secar su corazón a fuerza de teorías sordas a toda fuerza espiritual. No era una revolución social lo que el Comunismo pretendía en Europa, no era la internacionalización de los países europeos sino la rusificación de Europa. Rusia tendía a la esclavitud de los europeos, a convertir Europa en un inmenso campo de concentración, en una cárcel donde la fuerza espontánea del alma humana no contara, donde el obrero fuera solamente un número en la nómina proletaria, con el deber de cumplir a rajatabla las consignas dadas porque siempre, enfrente de su vida muerta se le alzaba la muerte viva.

Es lamentable que los españoles con resabios proletarios — hermanos nuestros por españoles, camaradas, contra su voluntad acaso, pero ciertos camaradas nuestros en la reconstrucción de la vida de España y de su propia vida no se hayan dado cuenta de las razones que guiaban a los bolcheviques en Europa. Todo lo que no fuera Rusia tenía que ser derrotado, tenía que debilitarse con huelgas, asaltos, sublevaciones, luchas, muertes, banderías, porque una Europa débil era buena presa para una Rusia fuerte. Europa de haberse llegado a consumir el crimen se hubiera dado cuenta pronto, cuando no hubiera habido remedio, cuando cualquier conato de humana rebeldía, de libertad hubiera sido roto a balazos por la dictadura de quienes pretendían cortar el patrón de la vida del mundo con el mismo patrón de una fábrica cualquiera, donde el hombre podría pasarse años enteros construyendo un tornillo sin saber a ciencia cierta para que servía el tornillo, haciendo del cuerpo humano una máquina de arar, de tejer, de escribir o de pensar.

Esa hubiera sido una disciplina, una sujeción, más rígida que la noble disciplina de la Europa nueva que se piensa, que se hará, donde al hombre se le considera portador de valores eternos, con fuerza propia, con voluntad de condenarse o salvarse en la vida por la fe.

Frente al bolchevismo no quedaba más solución que la lucha, a vida o muerte. Así lo entendimos nosotros, y, como buenos, peleamos y vencimos, a costa de miles y miles de muertos, pero vencimos. Fuimos la vanguardia en el fuego. Seguimos yendo en la avanzadilla de la lucha, de la gloria y de la muerte. Sabemos bien que representa esta fecha, sexto aniversario de la firma del pacto Antikomintern, y el significado de la pelea por bien de Europa y de todos los hombres, altos o bajos económicamente, pero iguales en su misión espiritual sobre la tierra, donde no puede pasarse sin dejar rastro, donde hay que ser digno de eso que sentimos por las entrañas: el alma.

DE ACTUALIDAD

## LOS QUE NO SIRVEN

En Inglés: SWING - En castellano: ESTUPIDEZ PRECOZ

**H**ACE poco, un periodista español señalaba desde Vichy las causas —una de tantas causas, para decirlo con propiedad— que condujeron a Francia a la derrota, describiendo la indiferencia de la juventud francesa hacia todo lo que no fueran luchas políticas de partido y «swing»; por dolorosa experiencia sabemos algo de eso: más de lo que quisiéramos haber aprendido. Las chaquetas «swing», las palabras «swing», y los niños «swing», constituyen una verdadera invasión de valores negativos y disolventes. El mismo articulista refería la primera intervención pública del creador de un partido juvenil en cuyo nombre político campeaba orgullosamente el nombre del Imperio Francés vinculado, por excepción en tal época a una agrupación de muchachos quien, a juzgar por las esperanzas puestas en él, había de resultar pronto un jefe magnífico.

Como era hijo de un político influyente —su influencia fué la que le llevó a sentarse cómodamente en el banquillo de los acusados de Riom— las señoras y jovencitas le jalearon un poco, sus amiguitos le invitaron a cenar antes de la histórica sesión y cuando llegó la hora, nuestro hombre ocupó la tribuna ante la expectación de sus «corregionarios» y de aquellos que aspiraban a ser sus enemigos. El conductor de masas en ciernes, pronunció un parrufito, luego medio, carraspeó y se paró en seco. Alguien gritó desde arriba «¡No se oye!». Se oyeron muchas cosas fuertes y medianas pero al creador del fiamante partido juvenil no se le volvió a oír. El corresponsal supone que el lamentable fin del tartarinesco suceso ocurrió por culpa de cierta euforia ligeramente alcohólica que desapareció

repentinamente. Yo creo que de todo tuvo la culpa el «swing»; mientras cada hijo de vecino procuraba pagarse las chaquetitas «swing» con el dinero que obtenía «papá» comerciando maravillosamente con mil chismes más o menos inofensivos — porque las armas y lo otro y lo de más allá, eran buenos negocios— el jefe de aquel movimiento en pañales había de seguir atentamente la evolución de la moda mundial en sus intrincadas variantes y estilos diversos. Subió a la tribuna discutiendo pliegues, chaquetones, uniformes de gala y excursiones al campo en autocar; además, tuvo la desgracia de que en un café próximo vociferase la radio una pieza de «Hot» y, claro, se le fueron los pies, empezó a charlar cosas incomprensibles con voz ronca, hasta que se hundió el partido de la Juventud Imperial.

Nuestro héroe no es el responsable del desastre y sus amiguitos tampoco: la culpa la tiene una enfermedad que en inglés se llama «swing» y en castellano «estupidez precoz». El «hot», y lo que lleva consigo, está muy bien en Norteamérica, porque allí funciona el gramófono y trabajan los sastres hasta que vienen los japoneses: entonces se marchan a cualquier isla de esas tan preciosas que tienen aún, tocan tranquilos el «ukelele» y pasean a cualquier hija de Eva en traje de baño para recaudar fondos con destino al Ejército, a los Voluntarios y a los no Voluntarios. Allí, en Norteamérica, está muy bien el «swing», porque un artista de cine dice que sus convicciones le impiden pelear por la Patria y no pasa nada. Pero aquí no: la vacuna de pico y pala puede dar buenos resultados siempre que su uso sea constante.

(Del número 4 de «IMPETU»)

lla salida de mal genio, tan poco en consonancia con la suavidad de carácter y figura de su adorada Lucrecia-María. Luego se puso seria.

—¡Te vas, te vas! Eso será si quieres! Niña ¡más respeto! Vuélvete a sentar aquí. Así; ahora dime: ¿Qué tienes? Te has peleado con Ramón?

—Sí.

—¿Tenéis un plan cada uno y no habéis querido ceder?

—¡No! Peor.

—Eh? ¿Lo has visto con otra? ¿Te han dicho algo?

—¡No! ¡Mucho peor!— el malhumor seguía.

—Vaya, no será tanto... ¿Celos?

—¡Oh! no. No afecta a nosotros. Es que él dice que «mi» equipo de fútbol favorito es una birra ¡Habrás visto! Se cree que entiende más que yo, y que «su» antipático portero vale más que el «mío». ¿Pero es que no tiene ojos? La parada que hizo el «mío» cuando aquel peotazo bombeado no la hace el «suyo» ni con cien años de ensayarla... Hasta hoy sólo habíamos discutido acalorándonos más o menos; pero hoy ha dicho que hasta el medio centro es molo. ¿Sabes la blasfemia que es eso? ¡No se lo permito! ¡De ninguna manera! Lo menos tiene que pedirme perdón diez veces de rodillas y gritar ¡Viva tu medio central! Sino deshago el casamiento y ¡Aquí no se casa nadie!

—Yo creo que estás loca. Por un futbolista al que ni conoces, por una pelota y unos señores que juegan con ella, olvidando que ya no son tan niños como para eso, con un jersey de uno u otro color, amenazas romper tu compromiso... ¡Ah! ¡demasiado fácil te ha sido todo! A veces quisiera que te hubiesen pasado

cosas desagradables, como a esta «Immaculada» de la novela. Yo te ayudaría, ¡claro! pero no os pelearíais por cosas tan insubstanciales. ¡Vaya! ¡que no hay motivo! —No es nada insubstancial el fútbol... — Lucrecia-María reía ya viendo su enfado tomado más en serio de lo que lo tomara ella, a pesar de su ceño fruncido, que no era más que mimos de niña consentida. Si... siguió la abuelita — ahora riete. ¡Buena paliza te mereces! Claro que la tonta soy yo al no darme cuenta enseguida de que eres una coqueta redomada, y que esto es una manera como otra, de enamorar. ¡Picaronal! ¡Ay! La verdad es que nada cambia. Se riñe... porque le dicen a una que está guapa con cara de enfado, con cualquier excusa. Luego, el silbido bajo el balón o un papelito por medio de la doncella sobornada, como en mis tiempos, o, como ahora, el teléfono o la bocina de un auto, bastan para hacer las paces...

Se interrumpió para escuchar el sonido de un claxon, llamando con insistencia.

—¡Es Ramón!—gritó casi Lucrecia-María— Adiós, abuelita rica. Voy a comer con él... ¡Pero sabrá quién soy yo!

La besó sonriente y salió corriendo de la habitación. Luego volvió a entrar como un trompo. Se paró ante un gran espejo que, lleno de luz, reflejaba claramente su sonrisa. Compuso una cara «terrible» de enfado, mandó un beso a su abuelita con la punta de los dedos y salió de nuevo con la misma velocidad a que había entrado.

La abuelita suspiró profundamente, mirando con algo de nostalgia por donde había desaparecido su nietecita, y se enfrascó de nuevo en la lectura interrumpida de la novela rosa. — CORAL

## LA ABUELITA Y EL FUTBOL

**E**RASE que se era una abuelita distinta de todas: mucho mejor. Tenía dos grandes pasiones: las novelas rosas y su nieta Lucrecia-María (19 años, bonita, alegre y en vísperas de casarse con Ramón, un industrial riquísimo, inteligente y algo mayor que ella).

Decía Lucrecia-María, que había adquirido a su abuelita en un afortunado viaje a Sevres, en busca de porcelanas preciosas. Y es que su figurita fina, blanca, con grandes ojos alegres y azules, breve el pie, a pesar de estar cerca de los ochenta, era, verdaderamente, una «preciosa» viviente. El paso de los años no le ha dejado otra marca que finísimas arrugas que cruzan su suave piel en mil direcciones; y ha cambiado las ganas de vivir sus propias emociones por vivir las de la ingenua «Doncella de Laorre», o la atormentada «Mariquita Montleón»... ¡En fin! Las desventuras y dichas de cuantas vidas de heroínas, convertidas en letras de molde pasaban ante sus ojos, quedaban tan grabadas en ella como los episodios de su propia existencia. A to-

das esas «rosadas» protagonistas, las amoldaba a los gustos y maneras de su nietecita.

Mañana dominguera de otoño. Sol y viento. El campeonato de Liga de fútbol, está en pleno apogeo. ¡Oh! ¡No! A la abuelita no le preocupa el fútbol; Lucrecia-María se preocupó de él por toda la familia. Y como es obligado, tiene su equipo favorito.

Llegó la nieta, la mañana de que hablamos, con el cabello alborotado, cara de malhumor y, casi sin besar a la abuelita, se sentó en un cojín a sus pies, como hacía siempre, mientras preguntaba por costumbre:

—¿Qué lees?

No oyó la contestación y empezó a refunfuñar a media voz, con indignación.

—¿Qué te pasa, nenita?

—Nada.

—Vamos, que vengas a verme a esta hora y en día de fiesta...

—¿No puedo venir a verte cuando quiero? Bueno: ¡pues me voy!

La abuelita rió suavemente ante aque-